



LOS ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

Un recorrido por sus categorías teóricas para el análisis de *otros territorios*

The Latin American Cultural Studies: A Theoretical Approach for the Analysis of *Other Territories*

FERNANDA GARCÍA GERMANIER

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

KEY WORDS

Cultural Studies
Culture
Hegemony
Ideology
Identity

ABSTRACT

This article recovers some of the categories investigated by authors of the Latin American cultural studies, with the aim of understanding their thoughts and to establish dialogues with a problem of concrete investigation. The proposal not only follows from the author's doctoral thesis -based on the study of Pipinas, a town in the province of Buenos Aires (Argentina) hit by the neoliberal policies of the last decades of the 20th century-, it is also the result of her training as a fellow of the National University of La Plata (UNLP).

PALABRAS CLAVE

Estudios culturales
Cultura
Hegemonía
Ideología
Identidad

RESUMEN

Este artículo recupera algunas de las categorías indagadas por autores que se incluyen en la corriente de los estudios culturales latinoamericanos, en pos de comprender matrices de pensamiento y establecer diálogos con una problemática de investigación concreta. La propuesta no sólo se desprende de la tesis doctoral de la autora -basada en el estudio de Pipinas, un pueblo de la provincia de Buenos Aires (Argentina) golpeado por las políticas neoliberales de las últimas décadas del siglo XX-, sino que también es el resultado de su formación como becaria de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Conceptos para pensar procesos de crisis y reconversión social desde los estudios culturales

Motiva estas líneas la posibilidad de llevar adelante una reflexión en torno a categorías teóricas que se presentan al momento de analizar las complejidades sociales desde los estudios comunicacionales. La decisión de retomarlas responde a que se las considera pertinentes para abordar las particularidades del territorio estudiado por la autora en el marco de su Doctorado en Comunicación (UNLP)¹: Pipinas, un pueblo de la provincia de Buenos Aires que debió afrontar dos crisis más que significativas para la comunidad y sus habitantes. Esto es: la clausura definitiva en el año 1978 -durante la última dictadura militar argentina- del Ferrocarril del Sud, medio de transporte que motivó la fundación del poblado; y el cierre -en 2001- del principal impulsor de la economía local, una fábrica cementera que funcionaba desde 1939. Ante las disrupciones de sus medios productivos de vida, el pueblo pudo encontrar mecanismos de respuesta que le permitieron reconceptualizar esa fábrica abandonada, a partir de la recuperación de una parte del predio mediante la reapertura del antiguo hotel donde antes se alojaban los obreros, aunque ahora -aprovechando las bondades del territorio- destinado al turismo rural.

Asimismo, la propuesta también cree importante esta oportunidad para elaborar un material que contribuya al abordaje de problemáticas políticas, económicas, sociales y culturales en contextos situados. En este sentido, el posicionamiento teórico (que a su vez delinea un camino metodológico posible) centra la problemática en el marco de los estudios culturales gestados en la Universidad de Birmingham del Reino Unido a mediados del siglo XX y posteriormente apropiados por pensadores latinoamericanos para el análisis de escenarios locales y heterogéneos. Esta postura intelectual y política, tal como lo expresa Grossberg, representa "el compromiso con la apertura y la contingencia de la realidad social donde el cambio es lo dado o la norma. Ese contextualismo radical se encuentra en el corazón de los estudios culturales" (2009: 28).

El diálogo entre los autores -con trayectorias y experiencias diferenciadas- facilita el recorrido por categorías moldeadas al calor de las ideas y coyunturas. Entonces, se intentará reconstruir la riqueza de esta corriente siguiendo las necesidades que plantea el

¹ Cabe destacar que el proyecto de investigación que se desarrolla en el marco del estudio de Posgrado se titula "Perder y reinventarse. Procesos identitarios y estrategias de transformación en comunidades atravesadas por la crisis del neoliberalismo. El caso de Pipinas, provincia de Buenos Aires", y está dirigido por el Dr. Leonardo González y la Dra. María Eugenia Rosboch de la FPyCS, UNLP, Argentina.

objeto de estudio, para así edificar un marco de referencia que posibilite la observación de los procesos sociales que se exponen en el trabajo doctoral.

Categorías. De la marginalidad al centro del análisis

Este trabajo recupera algunas de las perspectivas de los estudios culturales concibiendo que los enfoques teóricos y las prácticas asociadas se constituyen como recursos estratégicos contingentes. Además, si bien a lo largo de estas páginas se hace hincapié en categorías ampliamente trabajadas por esta corriente en un contexto social, político, económico y cultural específico, debe tenerse en cuenta que esto no es una apuesta por modelos reproducionistas que desconocen otros tiempos históricos. En este sentido,

(...) en diferentes contextos, los estudios culturales han tenido que ser recreados de nuevo (o se han recreado por sí mismos) en respuesta a «problemáticas» diferentes y cambiantes. Estoy argumentando que los estudios culturales toman su forma como respuesta a su contexto, que los estudios culturales es una respuesta en parte a cambios «experimentados», a desafíos y demandas políticos cambiantes, así como a recursos y debates teóricos emergentes. (Grossberg, 2009: 42)

Hecha esta observación, aquí se desarrolla la línea de pensamiento teórico-político que nace en el Reino Unido una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial con el nombre de Escuela de Birmingham. A mediados del siglo XX, los intelectuales marxistas Raymond Williams, Richard Hoggart, Edward P. Thompson y el jamaicano Stuart Hall encuentran en un país devastado por el conflicto bélico un novedoso escenario para reorientar sus interpretaciones de la realidad social de la época. Es así como en 1964 se funda el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS).

El centro fue creado por dos dimensiones al menos del contexto de la posguerra: de un lado, los acelerados procesos de cambio social y el impacto cada vez más visible de los cambios culturales parecían poner la confusión mundial en la agenda académica; y del otro lado, los cambios en la institución de la academia y los desafíos a la misma, más las formas de práctica académica parecían pedir que se reconsiderara al menos una parte de la función del intelectual. (Grossberg, 2009: 20)

En ese momento, Williams, Hoggart, Thompson y Hall se distancian de las ideologías más ortodoxas y dan un nuevo sentido a sus militancias dentro de la Nueva Izquierda inglesa (New Left). Desde esa matriz comienzan a mirar a los sectores subalternos y sus resistencias: la pregunta por "los de abajo" rompe con otras perspectivas críticas -como las de la Escuela de Frankfurt- que se focalizan en los

actores que detentan el poder para explicar la explotación y alienación de las masas.

Los estudios culturales describen cómo las vidas cotidianas de las personas están articuladas por la cultura y con ella. Investiga cómo las estructuras y fuerzas particulares que organizan sus vidas cotidianas de maneras contradictorias empoderan o desempoderan a las personas, y cómo se articulan sus vidas (cotidianas) a las trayectorias del poder político y económico y a través de ellas. Los estudios culturales exploran las posibilidades históricas de transformación de las realidades vividas por las personas y las relaciones de poder en las que se construyen dichas realidades, en cuanto reafirma la contribución vital del trabajo intelectual a la imaginación y realización de tales posibilidades (...) Es decir, buscan entender no sólo las organizaciones del poder, sino también las posibilidades de supervivencia, lucha, resistencia y cambio. Dan por sentada la contestación, no como realidad en cada instancia, sino como presuposición necesaria para la existencia del trabajo crítico, la oposición política e incluso el cambio histórico. (Grossberg, 2009: 17)

La observación de la subalternidad implica un desplazamiento importante para la época ya que se deja de ver a estos sectores desde la carencia y se los dota de positividad. Asimismo, en la medida en que son estudiados, surgen otros enfoques más recortados que inician una tendencia investigativa donde los pequeños relatos pueden constituirse en objetos de estudio sin por ello caer -como sostiene Grossberg (2009)- en la práctica de "leer el mundo en un grano de arena":

(...) lo que presencié en el trabajo que se hacía en el centro, en especial en los seminarios de teoría e investigación, era un intento de pensar el conocimiento contextualmente, de plantear conocimiento que no pretendiera abarcar necesariamente el mundo entero. Siempre he pensado que este esfuerzo por hacer un trabajo radicalmente contextualista -por llevar ese contextualismo no sólo al objeto, sino también a la teoría y la política, por resistir el universalismo epistemológico de la ciencia- es el corazón mismo de los estudios culturales. (Grossberg, 2009: 25-26)

La construcción del conocimiento de acuerdo a la perspectiva del CCCS propone mucho más que el abordaje de problemáticas situadas en coyunturas específicas. Su posicionamiento trasciende ese estadio y se convierte en una hoja de ruta en tanto modalidad de trabajo para los y las investigadoras. De forma que los estudios culturales,

Tienen una vocación intelectual para producir una comprensión crítica de una coyuntura, una coyuntura histórico-cultural». Y nuevamente, hablando del proyecto colectivo del centro: «el compromiso de entender una coyuntura es lo que desde el comienzo pensamos era la labor de los estudios culturales. (Grossberg, 2009: 28)

Esta corriente se crea para ser mucho más que una propuesta teórica. No obstante, a lo largo de su desarrollo conceptual, algunas categorías toman un espacio más que relevante en las investigaciones que se enmarcan en este paradigma. Es válido decir que aquellas no se conciben como bloques de pensamientos aislados, sino que se interrelacionan con los contextos y viceversa. Y es en ese diálogo que se transforman.

En estas páginas, se comienza por la noción semiótica de la *cultura* puesto que en su exploración radica uno de los rasgos distintivos del trabajo: "Para los estudios culturales la cultura se entiende en su relación mutuamente constitutiva con el poder, de ahí que hablen de la cultura-como poder, pero también del poder-como-cultural" (Restrepo, 2014: 3). Por ello,

(...) la cultura en la que vivimos, las prácticas culturales que usamos, las formas culturales que ponemos e insertamos en la realidad, tienen consecuencias en la manera como se organiza y se vive la realidad. Las prácticas culturales contribuyen a la producción del contexto como una organización del poder, y construyen el contexto como una experiencia del poder vivida diariamente. Es por esto que la cultura importa, porque es una dimensión clave de la transformación o construcción permanente de la realidad. (Grossberg, 2009: 32)

Cabe destacar que los planteos iniciales de los pensadores de Birmingham se inscriben en un momento histórico donde Inglaterra deja de ser potencia. La clase obrera gana las calles al tiempo que, en el escenario mundial, empiezan a visibilizarse nuevos actores/colectivos contrahegemónicos que discuten poderes y órdenes instituidos. No es casual que, bajo este clima social y político, una de las motivaciones de los intelectuales del CCCS sea la relectura del marxista italiano Antonio Gramsci. Entonces, reflexionar sobre la cultura implica -entre otras operaciones- poner el foco en las relaciones y fuerzas contradictorias que se entretajan en términos de disputas.

(...) el espacio de una forma total de vida es un espacio fracturado y contradictorio de múltiples contextos y formas de vida y de lucha contrapuestas. Ese espacio -un contexto o lo que Hall llama coyuntura- es una compleja articulación de discursos, vida cotidiana y lo que Foucault llamaría tecnologías o regímenes de poder. En cualquier espacio dado, tales contextos son siempre plurales. Aún más, en cualquier contexto, como resultado de sus complejas relaciones con otros contextos, el poder es siempre multidimensional, contradictorio y nunca suturado totalmente. (Grossberg, 2009: 33)

En este estudio se rechaza la idea de que los sucesos históricos pueden organizarse en una línea de tiempo donde los relatos se instituyen bajo un

orden necesario. Sólo así se pueden hacer conscientes los enfrentamientos y las luchas en pos de la subversión de los sentidos que implica todo proceso de transformación social: "ninguna 'forma de vida' está privada de una dimensión de confrontación y lucha entre formas opuestas de vida" (Hall, 1994: 239).

Abordar las complejidades de las formaciones culturales también es una manera de sumergirse en contradicciones y enfrentamientos por la cuestión del poder. Dice Michel Foucault (1988) que, si se pretende estudiar al poder, hay que poner énfasis en las relaciones mismas de poder. Y, al igual que los estudios culturales, el intelectual francés no concibe a la teoría como una instancia acabada y distante del campo en el que se origina. Por el contrario, el autor invita a la revisión constante de las conceptualizaciones, fomentando el pensamiento crítico y el acercamiento a condiciones históricas y racionalidades específicas que se presentan como elementos de análisis.

De tal modo, el poder debe ser pensado desde su ejercicio y desde las luchas contra las formas de sujeción que se visualizan en el tejido social: "Con el propósito de entender de qué se tratan las relaciones de poder, tal vez deberíamos investigar las formas de resistencia y los intentos hechos para disociar estas relaciones" (Foucault, 1988: 240).

Esta forma de concebir e interpretar las formaciones culturales es de vital importancia para entender los procesos sociales que se visibilizan en la comunidad pipinense. El nacimiento del pueblo y su organización están ligados, en un primer momento, a la llegada de la empresa de Ferrocarriles de Buenos Aires, Ensenada y Costa Sud, el 13 de diciembre de 1913. No obstante, el paraje adopta el nombre de la estación de tren "Las Pipinas" años más tarde, a raíz de la instalación de la cementera Corcemar durante 1939.

Hasta esa fecha, la economía del lugar es motorizada por la actividad agrícola-ganadera: la población se asienta a lo largo de esos campos bonaerenses, cuyos propietarios son terratenientes que emplean a un puñado de peones de la zona como mano de obra barata y lejos de una organización sindical que los represente como clase obrera.

Con el correr de los años y el emplazamiento de la fábrica, la organización económica, social y cultural del lugar comienza a reconfigurarse bajo nuevas lógicas productivas. No es casual que, durante este período histórico, transcurran los primeros gobiernos peronistas, con la irrupción del pueblo trabajador como sujeto de derecho que comienza a ser reconocido por un nuevo marco legal y regulatorio de sus actividades.

En este contexto, los obreros fabriles encuentran su representación a través de distintos sindicatos. Asimismo, algunos sectores patronales proponen un esquema de trabajo en el que subyace cierta concepción paternalista. Corcemar es ejemplo de ello

ya que no sólo les da un empleo, sino que también les brinda hospedaje en instalaciones preparadas para tal fin, cobertura social y una serie de actividades culturales y deportivas a través de su propio club.

Como ya se dijo, la empresa de origen cordobés opera en el pueblo hasta 1991, fecha en que la firma Loma Negra la compra y se hace cargo de su explotación hasta 2001, cuando la cierra definitivamente con la crisis y estallido político, económico y social que sacude a la Argentina a comienzos del nuevo milenio, arrasando con el gobierno de la Alianza del presidente Dr. Fernando de la Rúa.

En este marco, Pipinas es uno de los tantos pueblos del país que padece el embate y las consecuencias de la aplicación de políticas neoliberales a escala local y mundial. No obstante, en medio de tal coyuntura, comienzan a visibilizarse una serie de actores que resisten, a través de una estrategia clave: organizarse por medio de una cooperativa de trabajo que posibilite la recuperación del predio fabril para apostar a la exaltación de una de las bondades del territorio: la ruralidad. Es así como empieza a consolidarse en el pueblo un nuevo modelo organizacional bajo las lógicas de lo que denominan como turismo comunitario.

En este punto, se distingue otra categoría analítica que da la posibilidad de reflexionar sobre las relaciones desiguales de poder y las estrategias de resistencia: la definición gramsciana de *hegemonía*. Con ella, se hace referencia a un proceso fundamentalmente cultural que descarta el uso de la fuerza y de la coerción -reservado a los aparatos de la sociedad política: el Estado en su sentido estricto-, apelando a la figura del consenso. Hegemonía implica seducción, inclusión de las demandas de los distintos sectores y liderazgo. Tal como señala Williams,

Gramsci planteó una distinción entre 'dominio' y 'hegemonía'. El 'dominio' se expresa en formas directamente políticas y en tiempos de crisis por medio de una coerción directa o efectiva. Sin embargo, la situación más habitual es un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales; y la 'hegemonía', según las diferentes interpretaciones, es esto o las fuerzas activas sociales y culturales que constituyen sus elementos necesarios (...) En consecuencia, Gramsci introdujo el necesario reconocimiento de la dominación y la subordinación en lo que, no obstante, debe ser reconocido como un proceso total. (Williams, 1997: 129)

Para la consolidación de un proceso hegemónico se necesita de la alianza de clases a través de la cual logran articularse los intereses de los sectores dominantes con los de los subalternos, primando la lógica del cálculo costo-beneficio; además de un complejo de ideas y creencias -la ideología en su sentido más amplio- que dé legitimidad a la clase dominante; y de la transformación de los modos de

vida de las clases dominadas (Balsa, 2006). En función de esta observación, es pertinente recuperar la apreciación del investigador chileno José Joaquín Brunner sobre los conceptos gramscianos, retomados también por uno de los referentes de los estudios comunicacionales latinoamericanos, Néstor García Canclini:

La cultura es un hecho no puramente espiritual, ni meramente práctico-cotidiano, sino, más bien, es un hecho que tiene una dimensión esencialmente organizativa. No es que la cultura tenga una 'organización'; la cultura es una organización de la cultura. Esto es, una organización material e institucional encaminada a 'mantener, defender y desarrollar el 'frente' teórico e ideológico' de la sociedad. (Brunner, 1985: 8)

De acuerdo a otro influyente pensador vinculado a la corriente de los estudios culturales de la región y autor de una de las obras más representativas del campo, "De los medios a las mediaciones" (1987), el colombiano Jesús Martín Barbero,

(...) pensar el proceso de dominación social ya no como imposición desde un exterior y sin sujetos sino como un proceso en el que una clase hegemoniza en la medida en que representa intereses que también reconocen de alguna manera como suyos las clases subalternas. Y 'en la medida' significa aquí que no hay hegemonía, sino que ella se hace y deshace, se rehace permanentemente en un 'proceso vivido', hecho no sólo de fuerza sino también de sentido, de apropiación del sentido por el poder, de seducción y de complicidad. (Martín Barbero, 1987: 84-85)

Pipinas es un territorio donde las políticas hegemónicas neoliberales -que comienzan a profundizarse en el país durante la década de 1970- logran naturalizarse mediante un proceso en el que participan distintos aparatos del Estado e instituciones de la sociedad civil en tanto sectores dominantes, desarticulando gradualmente el tejido social y modificando de manera considerable las prácticas de los más postergados. En este sentido, primero concluyen con un sistema ferroviario que mantenía conectada a la localidad con los pueblos más próximos² y con otros puntos estratégicos para el desarrollo del comercio, como el puerto de Buenos Aires. La naturalización de la idea de progreso direccionada hacia otras formas de transporte -esto es: camiones y vehículos a motor impulsados por el incipiente desarrollo de la industria automotriz de capitales estadounidenses- borra la necesidad de contar con el ramal de tren,

² Esta política de Estado responde a un plan sistemático de aniquilación del ferrocarril a escala nacional. En consecuencia, Pipinas no es el único pueblo que debe soportar la pérdida de este medio de comunicación y transporte, sino que la situación se repite -con matices- en una gran cantidad de localidades de la República Argentina.

un medio de comunicación muchísimo más económico para la carga y traslado de producciones agrícola-ganaderas y de un importante número de pasajeros. Las rutas de asfalto que pronto se diseñan en las inmediaciones del pueblo se articulan a un universo simbólico que las concibe como el triunfo de la modernidad, instituyéndose la falsa creencia de perseverancia y mejoras en las condiciones de vida de la comunidad.

Posteriormente, bajo un nuevo orden mundial regulado por los mercados internacionales y con Estado Unidos cada vez más afianzado como potencia, se aniquila la fábrica cementera que durante más de sesenta años fue el motor de la economía local y de las actividades sociales y culturales del pueblo. Ahora rigen relaciones económicas que responden a las lógicas de la oferta y demanda del comercio exterior, de un sistema financiero mundial, de movimientos de capitales e inversiones transnacionales, migraciones de la mano de obra, cooperación interestatal en la producción, transferencias internacionales de tecnología, arbitraje de organismos económicos internacionales en las economías locales, entre otros aspectos determinantes.

En sintonía con los movimientos de estrecha vinculación entre países, es oportuno destacar que, durante las últimas décadas del siglo XX, los debates planteados por la escuela de los estudios culturales ingleses atraviesan el océano Atlántico para hacer mella en los Estados Unidos de Ronald Reagan. Eran los años 80; capitalismo y comunismo se disputaban la consolidación de sus modelos en la denominada Guerra Fría. En ese contexto, dentro de América Latina se resignifica la corriente de Birmingham mientras caen las dictaduras militares regionales y es aquí donde se escriben los trabajos fundantes del campo local.

En esta instancia, se vuelve oportuna una observación del Dr. Eduardo Restrepo -cuya principal área de reflexión corresponde a los estudios culturales- sobre los saberes que se originan desde este lugar del continente:

La noción de estudios culturales latinoamericanos corre el riesgo de asumir como obviedad la idea de 'latinoamericanidad'. El problema de esta obvialización de la idea de latinoamericanidad radica en que se corre el riesgo de que empiece a concebir como si fuese una esencia que da cuenta de una diferencia constitutiva de los latinoamericanos con respecto a otras gentes (los estadounidenses o los europeos, por ejemplo). Los latinoamericanos pensarían o serían de esta o aquella forma por esa suerte de esencia compartida: la latinoamericanidad. Cuando esta latinoamericanidad se piensa como una diferencia radical con respecto a occidente o a la modernidad, no es extraño que terminemos avalando imágenes exotizantes de nosotros mismos. (Restrepo, 2014: 7-8)

El proceso de dominación social implica la subordinación de sectores en desigualdad de condiciones ante otro(s) que se ubica en una posición material y simbólicamente superior. Desde aquí se construyen los universos y representaciones de lo posible/imposible, y se conduce y negocia la capacidad de acción de los actores involucrados.

(...) aunque el poder opera en las instituciones y en el estado, también lo hace donde las personas viven su cotidianidad, y en los espacios en los que se interceptan estos campos. Los estudios culturales tienen un interés permanente en la manera como el poder infiltra, contamina, limita y posiciona las posibilidades que tienen las personas de vivir sus vidas en formas dignas y seguras. Pues si se quiere cambiar las relaciones de poder, si se quiere mover a las personas, aun cuando sea un poco, debe comenzarse desde donde las personas están, desde dónde y cómo viven sus vidas en realidad. (Grossberg, 2009: 36)

Y con la intención de reflexionar sobre los modos de vida que se presentan como alternativas de la cotidianidad de los sujetos y sus vínculos relacionales, se hace hincapié en otro concepto ampliamente trabajado por la escuela de los estudios culturales, que se entrelaza con lo expuesto hasta el momento: la noción de *ideología*, ese entramado de ideas que atraviesa y constituye a los actores sociales, estableciendo esquemas de pensamiento y formas de estar en el mundo.

Existe un largo y auspicioso desarrollo teórico acerca de su(s) significado(s), aunque en estas líneas se rescata en términos introductorios un fragmento de la obra de Stuart Hall:

(...) lo que es crucial es que esas estructuras de la 'hegemonía' trabajan mediante la ideología. Ello significa que las 'definiciones de la realidad', favorables a las fracciones de la clase dominante e institucionalizadas en las esferas de la vida civil y el estado, vienen a constituir la 'realidad vivida' primaria para las clases subordinadas. De este modo, la ideología suministra el 'cemento' de una formación social, 'preservando la unidad ideológica de todo el bloque social'. Esto no se debe a que las clases dominantes puedan prescribir y proscribir con detalle el contenido mental de las vidas de las clases subordinadas (éstas también 'viven' sus propias ideologías), sino a que se esfuerzan, y en cierto grado consiguen, por enmarcar dentro de su alcance todas las definiciones de la realidad, atrayendo todas las alternativas a su horizonte de pensamiento. Fijan los límites -mentales y estructurales- dentro de los que 'viven' las clases subordinadas y dan sentido a su subordinación de un modo que se sostenga su dominancia sobre ellas. (Hall, 1981: 238)

De esta manera, para comprender el proceso por el cual se institucionaliza y naturaliza un sistema de ideas que termina por consolidar maneras posibles de habitar el mundo, hace falta analizar la constante

interrelación con universos materiales concretos. Pero sería un grave error si, al pensar en la institucionalización de esquemas de pensamiento y acción, se dejara de lado la otra arista del proceso: el movimiento disruptivo de una diversidad de actores -con prácticas diferenciadas- que se organizan para generar mecanismos y acciones colectivas en pos de la transformación material y simbólica de sus realidades.

La acción colectiva no es un fenómeno empírico unitario, y la unidad, si existe, debería ser abordada como un resultado, no como punto de partida, no como evidencia sino como hecho que debe ser explicado. Los eventos en los que actúan colectivamente los individuos combinan diferentes orientaciones, involucran múltiples actores e implican un sistema de oportunidades y restricciones que moldean sus relaciones. (Melucci, 1999: 14)

La pertenencia a un campo social implica compartir un capital simbólico-cultural. Entonces, el concepto de ideología pronto es concebido como componente del campo de las representaciones, lo que sirve para comprender la complejidad histórico-social de la construcción de los sistemas hegemónicos y los sentidos que la detractan.

En relación al estudio que motoriza a la autora de estas líneas, se señala como una de las ideas más preponderantes -y que hace mella en el universo simbólico del colectivo- a la concepción que sostiene que el tren en manos del Estado -vale aclarar que los primeros capitales fueron ingleses hasta su nacionalización en 1948- significa un gasto excesivo y sin rédito económico alguno. En consecuencia, hacia los '70 se erige como "necesario" el recorte presupuestario y la privatización y achicamiento del servicio.

De este modo, se pone en evidencia la simultaneidad de un proceso de resignificación de lo público y de los cambios estructurales en las economías locales y globales. Entonces, la embestida contra el modelo del Estado de Bienestar por parte de un Estado Dictatorial encabezado por Jorge Rafael Videla es acompañada por la construcción de un discurso donde se articula al sentido de lo público el supuesto de "aquello que da pérdida".

Posteriormente, con la agudización de estos procesos, se produce en Pipinas el aniquilamiento paulatino de la fábrica Corcemar que pasa a manos de la firma de Lacroze de Fortabat, con el objetivo último de anular toda competencia que perjudique a Loma Negra. Muchos habitantes deciden abandonar el territorio buscando una salida laboral en "ciudades prometedoras", como la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Otros deciden quedarse, pero el aumento del desempleo y la exclusión de los trabajadores del sistema productivo se transforman en problemáticas comunes a toda la comunidad.

Pipinas, entonces, pasa a ser vista -por una parte considerable de sus habitantes, aunque no un todo homogéneo- como un “pueblo fantasma”: en este suelo ya no hay chances de prosperar.

En palabras de Jodelet, las *representaciones* son “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, y orientado a la práctica que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social” (1989: 36). No obstante, de esta definición es interesante destacar la vinculación entre los esquemas de representación simbólica y la praxis de los actores. La dimensión práctica de la categoría permite dar un salto hacia la observación del comportamiento de los individuos que integran una comunidad, distinguiendo también las estrategias y acciones que son puestas en juego en escenarios inéditos con la finalidad de resignificar sentidos.

En este entramado, se ubica otra de las categorías desarrolladas desde el campo epistemológico que aquí se postula como materia de indagación: la(s) *identidad(es)*. Partiendo de una comprensión relacional del concepto, se señala a Hall como uno de los autores que ha llevado adelante una valiosa labor de producción intelectual en torno a la noción:

El concepto acepta que las identidades nunca se unifican y, en los tiempos de la modernidad tardía, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos. Están sujetas a una historización radical, y en un constante proceso de cambio y transformación (...) Aunque parecen invocar un origen en un pasado histórico con el cual continúan en correspondencia, en realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos. Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella. (Hall, 2003: 17)

Una mirada complementaria respecto a la construcción de la(s) *identidad(es)* es la del mexicano Dr. Gilberto Giménez, distinguido por contribuir con los estudios culturales gracias a la diversidad de sus enfoques. Sus teorizaciones no sólo permiten abordar la categoría desde su aspecto colectivo sino también propiciar un análisis anclado en el campo de la cultura:

La identidad de un determinado actor social resulta, en un momento dado, de una especie de transacción entre auto y hétero-reconocimiento. La identidad concreta se manifiesta, entonces, bajo configuraciones que varían según la presencia y la intensidad de los polos que la constituyen. De aquí

se infiere que, propiamente hablando, la identidad no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter subjetivo y relacional (...) En suma, la identidad de un actor social emerge y se reafirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones. (Giménez, 1997: 18)

En el proceso de interacción se reconoce a un *otro* que a su vez otorga sentido a un *nosotros*, siempre teniendo en cuenta que en una formación social no existe homogeneidad plena posible, sino que hay diversidad de comportamientos. Los actores funcionan como las piezas de un todo (aunque no cerrado) con experiencias y universos simbólicos específicos que, circunstancialmente, se agrupan en pos de objetivos concretos que abren un amplio abanico de acciones orientadas a la concreción de los mismos. En función de ello, el sociólogo italiano Alberto Melucci señala:

La identidad colectiva es, por lo tanto, un proceso mediante el cual los actores producen las estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional. (Melucci, 1999: 31)

El objeto de estudio que guía este trabajo presenta una serie de aspectos a tener en cuenta al momento de analizar las adscripciones identitarias que se visibilizan en el territorio. Por un lado, la génesis de Pipinas se liga a la llegada del ferrocarril. Sin embargo, el pueblo no se constituye como una localidad definida por lo ferroviario, sino que su característica ligada a la ruralidad es la que adquiere un valor preponderante. Las posibilidades de producción que dan los campos bonaerenses hacen del lugar un espacio para el desarrollo de actividades agrícola-ganaderas. No obstante, la aparición de la fábrica cementera transforma las condiciones materiales del pueblo y, con ellas, el universo simbólico local y regional. Pipinas ahora se organiza a partir de la actividad de esta industria, convirtiéndose en un polo obrero.

Como todo proceso histórico y social, las identidades del lugar están inmersas dentro de un movimiento constante de significados que se instituyen y se subvierten. Con el cierre definitivo de su más importante motor económico, se produce una crisis identitaria: el pueblo ya no se define por la actividad fabril y pasa a ser un territorio signado por la desocupación y el éxodo de una parte considerable de su población. En esta coyuntura, comienza a vislumbrarse la creación de un colectivo orientado a delinear estrategias y acciones para hacer frente a estas condiciones poco favorables de existencia, a

partir del cooperativismo como forma de trabajo e impulsor de novedosos lazos comunitarios.

De todos modos, la naturaleza de configuración de patrones identitarios necesita no sólo del auto-reconocimiento sino de la percepción de un otro externo -lo que se denomina hétero-reconocimiento-. Por ello, también forman parte del universo de análisis -donde hay disputas por la apropiación de sentidos- los actores que se niegan a participar de las alternativas que se proponen, diferenciándose de los colectivos más organizados. Es el caso, por ejemplo, de aquellos pipinenses que desconfían de las iniciativas basadas en los nuevos vínculos y prefieren seguir concibiendo al pago desde la desesperanza.

Por todo lo expuesto, se sostiene que dimensionar los procesos sociales a través del enfoque de los estudios culturales obliga a leer el mundo a partir de un posicionamiento que da cuenta de lo significativo de un análisis integral e interdisciplinario.

Los estudios culturales se interesan, en primer lugar, por las prácticas culturales como su ingreso al contexto material de las desiguales relaciones de fuerza y poder. Pero el contexto mismo no puede separar de esas prácticas culturales y de las relaciones de poder, porque ellas articulan la unidad y la especificidad del contexto como un entorno vivido. Y esto lleva a uno de los compromisos más visibles de los estudios culturales: su práctica es necesariamente interdisciplinaria. (Grossberg, 2009: 32)

Y, por sobre todas las cosas, este compromiso intelectual -de dimensiones teóricas, pero también prácticas y políticas- supone la apertura a un diálogo permanente entre textos y contextos, lo que da a los estudios culturales la posibilidad de movimiento, transformación y cambio.

Los estudios culturales están, creo, comprometidos con decirnos cosas que no sabemos; buscan sorprender a sus productores, a sus interlocutores, a sus audiencias y a sus potenciales constituyentes, y de esa forma, ofreciendo mejores descripciones y explicaciones -de nuevo, explicaciones que no rehúyen la complejidad, la contingencia y la contestación-, busca abrir nuevas posibilidades. (Grossberg, 2009: 45)

Más allá del campo académico

Los estudios culturales no pueden ser entendidos como un conjunto de teorías que intentan explicar determinadas problemáticas sociales. Comprenderlos de ese modo es anular su sentido último: romper con los modelos reduccionistas y abrir el conocimiento. Construir saberes bajo esta lógica trasciende el modelo científico más duro. Elegir este camino es optar por un estilo de vida, por ser y estar en el mundo de una manera concreta en la que la experiencia se vuelve un factor clave.

El objeto de estudio se torna material de análisis en un contexto específico, el cual es atravesado -en una primera etapa- por aquellas inquietudes que acercan a los y las investigadoras, y que posteriormente se plantean con mayor claridad a la luz del contacto con el territorio y sus actores. En este sentido, la dimensión práctica se articula con la teoría y en ese encuentro se producen los aportes más novedosos y la intervención activa.

Desde esta corriente -a la que se considera a partir de dos aspectos: pensamiento y transformación/acción- las significaciones, prácticas y relaciones son siempre contextuales. El sujeto que investiga forma parte de un escenario que no debe ser "descubierto" sino dialogado. El encuentro es articulación y lo académico en soledad es insuficiente.

Entender los procesos y las transformaciones sociales desde los estudios culturales es apostar por una mirada integral y transdisciplinaria. En este sentido, el objeto se explica por su dimensión económica pero no solo por ella: las disputas, los conflictos, la cuestión del poder son también complejidades y aristas que no pueden faltar en el análisis. De allí que las categorías expuestas con anterioridad sean trascendentales para captar el espíritu de las ideas nacidas en Birmingham.

Quienes deciden tomar a los estudios culturales como herramienta epistemológica y metodológica (y como estilo de vida) asumen el compromiso de transformar, con su trabajo, el universo devenido en territorio de análisis. En este gran desafío radica el arte de la política y la fuerza de lo político.

Referencias

- Balsa, J. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía. *Revista Theomai. Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo*, 14.
- Barbé, C. (1985). L'identità – "individuale" e "collettiva"- come dimensione soggettiva dell'azione sociale. En Laura Balbo *et al.*, *Complessità sociale e identità* (pp. 261-276). Milán (Italia): Franco Angeli.
- Bourdieu, P. (1993). *Campo de poder y Campo intelectual*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- Bourdieu, P.; Wacquant, Loïc J. D. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D.F.: Editorial Grijalbo.
- Brunner, J. J. (1985). *Notas sobre cultura popular, industria cultural y modernidad*. Bogotá: FLACSO.
- Cena, J. C. (2008). *El Ferrocarril*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Escribano, D.; García Germanier, F.; Vázquez, C. A. (2008). *Soy por el tren (o no soy)*. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. En H. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. México: UNAM.
- Garabedian, M. (2007). El Estado moderno. Breve recorrido por su desarrollo teórico. Anexo I. ICSE, UBA XXI, Buenos Aires: Eudeba. Recuperado de: http://www.martinmaglio.com.ar/0_Ter_3_Problematicapjc/Material/080-Garabedian_Estado_Moderno.pdf
- García Canclini, N. y Roncagliolo, R. (eds.). (1988). *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. Lima: IPAL.
- García Germanier, F.; González, L. J. (2016). La etnografía como estrategia de trabajo. Experiencias y reflexiones sobre su utilización dentro del campo de las ciencias sociales. *Revista Question*, 1(50).
- García Germanier, F.; Vázquez, C. A. (2012). Soy por el tren (o no soy). Una investigación sobre las historias olvidadas en los andenes del Sud. En *Libro de Actas III Congreso sobre Juventud, Medios e Industrias Culturales*. La Plata: Facultad de Periodismo, UNLP.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Revista Frontera Norte*, 9(18). Recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>
- Gramsci, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1970). *Antología. Notas de 1932-1935*. México: Siglo XXI.
- Grossberg, L. (2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construcción y complejidad. En *Revista Tabula Rasa*.
- Hall, S. (1994). Estudios culturales, dos paradigmas. *Revista Causas y Azares*, 1, pp. 27-44.
- (1981). La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico. En J. Curran *et al.* (comp.), *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2003). ¿Quién necesita identidad? En S. Hall y P. du Gay (eds.), *Cuestiones de Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1995). Fantasy, identity, politics. En E. Carter, J. Donald y J. Squites (eds.), *Cultural Remix: Theories of Politics and the Popular*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Jodelet, D. (1989). *Las representaciones sociales*. París: Prensa Universitaria de Francia.
- Laclau, E.; Mouffe, C. (1993). Posmarxismo sin pedido de disculpas. En E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Malinowski, B. (1961). *Argonauts of the Western Pacific*. Nueva York: E.P. Dutton and Co.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Mattelart, A. (1987). El retorno del sujeto. En *Pensar sobre los medios*. Madrid: Fundesco.
- Mattelart, A. y Neveu, E. (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.
- Melucci, A. (1999). Acción colectiva, vida cotidiana y democracia. *Capítulo 1. Teoría de la acción colectiva* (pp. 25-54). México: Colegio de México. Recuperado de: https://www.ses.unam.mx/docencia/2014II/Melucci1999_AccionColectivaVidaCotidianaYDemocracia.pdf
- Mouffe, C. (2007). En torno a lo político. *Capítulo 2: "La política y lo político"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ratier, H. (2009). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires: La Colmena.
- Reguillo, R. (2000). Identidades culturales y espacio público: un mapa de los silencios. *Revista Diálogos de la Comunicación*, 59-60.
- Restrepo, E. (2014). Estudios culturales en América Latina. *Revista Estudios Culturais*, 1(1).
- Romero, L. A. (1994). *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosboch, M. E. (2006). *La rebelión de los abrazos: tango, milonga y danza: imaginarios del tango en sus espacios de producción simbólica: la milonga y el espectáculo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Schmucler, H. (1997). *Memoria de la Comunicación*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Thwaites Rey, M. (2008). ¿Qué Estado tras el experimento neoliberal? *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, 41. Recuperado de: <http://www.mabelthwaitesrey.com.ar/wp-content/uploads/art-period/33-%20Estado-%20CLAD%202007-version%202008a.pdf>
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.